

AUTONOMÍA UNIVERSITARIA Y LA CONSTRUCCIÓN COMPARTIDA DEL CONOCIMIENTO



Clara Sarcone

Lic. y Prof. en Letras (UBA) especializada en Educación. Autora de libros escolares y editora en editoriales, instituciones y organismos tanto de nuestro país como del exterior. Coordinadora de taller pedagógico sobre prácticas de la enseñanza en el Departamento de Desarrollo Docente de la Facultad de Derecho de la UBA.

Por mi parte, voy a hablar desde otra perspectiva que, entiendo, va de la mano con el tema del que se viene tratando en la mesa y es la construcción compartida del conocimiento y la necesidad, desde la universidad, de trabajar por el pensamiento. ¿Por qué elijo hablar de este tema y no sobre autonomía universitaria propiamente? Porque justamente a partir de la lectura de los ensayos que se presentaron para el concurso sobre autonomía universitaria, que es el tema que nos convoca en esta mesa, vislumbré que, en realidad, muchas cuestiones diferentes podían plantearse sobre el mismo tema, desde perspectivas también distintas, con enfoques, a veces, hasta contrapuestos y con miradas que provienen, a su vez, de disciplinas diversas. Y eso me lleva a reflexionar sobre cómo se construye el conocimiento, de qué manera esas diferentes voces confluyen en un único espacio (en este caso un concurso de ensayos) y, a su vez, cómo esa misma dinámica se replica (o debería hacerlo) en las aulas de la universidad. En este sentido, decía Umberto Eco en un artículo publicado hace tiempo en *La Nación*:

Ante todo un docente, además de informar, debe formar. Lo que hace que una clase sea una buena clase no es que se transmitan datos y datos, sino que se establezca un diálogo constante, una confrontación de opiniones [...]. (Eco, 2007).

Por eso, los invito a pensar juntos sobre este tema, es decir, sobre la construcción del conocimiento que puede hacerse a través del intercambio de ideas, de la confrontación de posturas, de la aparición de voces diferentes. Es decir, el aula (la universidad) como una caja de resonancia donde a partir del lenguaje y las propias ideas (no solo las del docente sino las de cada persona que comparte ese espacio) sea posible construir conocimiento.

Pero cómo es posible lograr un aula con esas características. Quizás lo primero y más obvio sería abandonando las rutinas tradicionales del aula, que se basan en la clase magistral, en el aprendizaje memorístico y en la repetición mecánica de los saberes. En segundo lugar, teniendo claro que aprender no es una tarea que depende únicamente del estudiante y que es su exclusiva responsabilidad, sino que se trata de

una responsabilidad compartida. En tercer lugar, sabiendo que nuestra voz como docentes no es la única voz, ni siquiera la más valiosa, sino que hay una pluralidad de voces que también deben ser escuchadas y consideradas. Y finalmente, entendiendo que el hecho de que seamos docentes hace mucho, es decir, de que tengamos mucha práctica, no significa necesariamente que sepamos lo que hacemos ni que hagamos bien las cosas. En ese sentido, y parafraseando a Miguel Ángel Zabalza: no hay dudas de que la práctica ayuda, pero quién nos garantiza que no estamos repitiendo los mismos errores cuatrimestre tras cuatrimestre (cfr. Zabalza, 2009). Por eso, solo cuando la práctica va acompañada de formación (cuestión que ninguno de los presentes pondrá en duda), pero también de revisión y reflexión, es posible generar las condiciones para fundar un aula polifónica, en la cual se vehiculen distintas realidades, ideologías, mundos, pensamientos y donde la construcción del conocimiento sea realmente una propuesta colectiva.

Y será justamente en ese tipo de ámbitos, donde podrán ponerse en juego distintos tipos de saberes y aprendizajes (por ejemplo, el aprendizaje significativo, el cooperativo y también el colaborativo, un aprendizaje emocional –por qué no–, el aprendizaje observacional y hasta experiencial si el contexto así lo facilita, y el aprendizaje por descubrimiento, uno de cuyos grandes teóricos es Jerome Bruner, en el que los estudiantes descubren, relacionan y reordenan las ideas para adaptarlas a su propio esquema cognitivo). Y lo que en estos espacios sin dudas se dejará de lado son los aprendizajes memorístico y receptivo, que poco sirven a la formación para el pensamiento.

He elegido hablar sobre esta cuestión porque considero que repensar nuestras prácticas es un tema que atraviesa aquello sobre lo que venimos hablando en esta mesa (la autonomía universitaria, con su consiguiente libertad de cátedra, nos permite pensar –y elegir– qué es lo que queremos lograr como docente, qué es lo mejor que podemos dar a nuestros estudiantes y cuál es la mejor manera de hacerlo). En el módulo IV que tengo a cargo en el Centro para el Desarrollo Docente, hemos logrado (y el plural no es caprichoso, sino que responde justamente a que es un logro en el que los cursantes son claros protagonistas)

una sinergia, donde la circulación de las ideas y las opiniones genera un conocimiento que va mucho más allá de lo que cada una de esas ideas y opiniones expresa por sí misma. Si bien esto no se da en todos los encuentros virtuales que tenemos sí sucede en la gran mayoría. Y en esas oportunidades muchísimas veces se generan preguntas frente a las cuales no hay respuestas claras y también se producen cuestionamientos sobre las prácticas y el quehacer docente que, no tengo dudas, auguran un futuro mejor en las aulas de la facultad.

Y en este punto, ya para cerrar, quiero mencionar este espacio que compartimos los aquí presentes, porque desde el Centro para el Desarrollo Docente se nos propone repensar las prácticas habituales de enseñanza. Como mencioné anteriormente, la mirada crítica acerca de lo que hacemos, el cuestionar metodologías heredadas, el pensar nuevos objetivos que supongan estudiantes protagonistas del aprendizaje forma parte de este cuestionamiento frente a lo establecido. Ya lo sabemos: no alcanza con el “siempre se hizo así” como explicación para nuestras elecciones y decisiones docentes. Porque si hay algo que se vislumbra hace tiempo (y que se puso de manifiesto de manera incuestionable durante la pandemia) es que no es posible mantener prácticas de enseñanza donde se espera que estudiantes repitan conceptos o memoricen contenidos, donde el docente explique (“largue su rollo”, dice Zabalza [2009]) durante una hora y media mientras los estudiantes toman nota, sino que es necesario trabajar para el pensamiento y por el pensamiento.

Entonces para que eso sea posible, se requiere, por supuesto, una decisión y un compromiso por parte del docente, pero también, y no menos importante, un espacio donde hacerlo. Y en este punto vuelvo al inicio de esta charla cuando mencioné el concurso de ensayos y las diferentes voces de quienes planteaban su propia mirada acerca de la autonomía universitaria. ¿Por qué? Porque el concurso, al igual que los módulos de formación docente y esta revista que también publica el Centro para el Desarrollo Docente, generan esos espacios imprescindibles, donde es posible la aparición de diferentes miradas, el intercambio de ideas y la pluralidad de voces para la construcción de nuevos saberes, ideas y conocimientos.

Bibliografía

Eco, U. 2007. ¿De qué sirve el profesor? *La Nación*, 21 de mayo.

Zabalza, M. A. 2009. *Ser profesor universitario hoy. La Cuestión Universitaria*, 5, 68-80.